

amaneció en su vida.—
una alegría sorda.

No era el sol pleno sobre el campo
no eran sus 15 años como 15 canciones
populares.

Era algo ardiente—doloroso
que se clavaba en ella
como una espina honda,
pero así dulce porque era suyo.

¡EL HIJO!
al que acechaba de todos los rincones
la miseria y el hambre, como a los
hermanitos.

Una aurora distinta
había amanecido.

Para él quería el sol
y los caminos—y la tierra
y el pan sin trabas
y todo lo que nunca poseemos los pobres.

Toda vaciada en él, ya no sería ella.—
la vida que quedaba hacia adelante
se la debía ahora
al pequeño sin nombre.

Cómo había cambiado la expresión de las cosas!
que se volvían duras y agresivas,
nuevas también.

Y entonces sí miró el dolor de la lucha
la diaria angustia de la fábrica ruda
que nunca da bastante para saciar el hambre.

Tenía el pecho henchido de sangre y de congoja,
y una fiereza amarga
la acariciaba toda—
dándole ímpetus nuevos.

El era su bandera
contra su pecho lo defendería!

Por él que conoció las lágrimas
creció en su corazón de obrera
la **R E B E L D I A!**—